

POSICIONES

Círculo Cívico de Opinión
Mayo de 2025

EUROPA ANTE LA CRISIS DEL VÍNCULO ATLÁNTICO

La ruptura del vínculo atlántico, precipitada con la llegada de Donald Trump a la Casa Blanca en enero de este año, sitúa a Europa en una difícil encrucijada. El efecto de la nueva política de Estados Unidos –no solo en el plano militar, sino en el comercial y en el de una geopolítica que rompe con el orden liberal y busca un dominio hegemónico– es extraordinario. Culmina así abruptamente un proceso que, no por preludiado en signos previos, ha dejado a Europa en la perplejidad, tanto por el giro norteamericano como por el apoyo de partidos populistas y nacionalistas en el propio continente, y con una limitada capacidad de respuesta. Para la Unión Europea, ensimismada y carente de unos medios militares suficientes, sin alternativas a corto plazo al entramado institucional de la Alianza Atlántica que le ha servido durante décadas de paraguas protector, y con una ciudadanía recelosa de las elites tradicionales, se abre un tiempo delicado.

El CÍRCULO CÍVICO DE OPINIÓN, consciente de la importancia que tiene para Europa, y por tanto para España, afrontar el desafío con unidad y apoyo social, ofrece en este Posiciones un documento de reflexión que plantea –huyendo de caminos trillados– las claves del escenario presente y previsible, junto con algunas líneas de acción hoy en plena controversia. El texto ha sido redactado por un prestigioso especialista, Florentino Portero, reconocido historiador y analista de relaciones internacionales, y, tras haber sido objeto de profundo debate por sus socios en la Asamblea General del 9 de abril, fue aprobado para su publicación en nombre del Círculo.

Introducción

El presidente de los Estados Unidos, Donald Trump, ha llevado a cabo el giro más importante en la política exterior de su país desde el acometido por Harry Truman tras finalizar la Segunda Guerra Mundial. Aunque su

singular personalidad puede llevarnos a pensar que su protagonismo ha sido fundamental, en realidad asistimos a la culminación de un proceso que viene de atrás. Aun así, no se puede minusvalorar su aportación, cuyas consecuencias son y serán muy trascendentales para el desarrollo de las relaciones internacionales contemporáneas.

Durante más de un siglo la sociedad norteamericana se había mantenido unida en la idea de evitar cualquier implicación o compromiso en la política internacional. Su interés era el acceso al comercio internacional, garantía de su desarrollo económico y social. Fue la ausencia de libertad de navegación lo que llevó a su entrada en la Primera Guerra Mundial y su intento de contener el expansionismo nipón en el Pacífico lo que concluiría en el ataque a su base aeronaval en Pearl Harbor y su ya inevitable ingreso en la Segunda Guerra Mundial. El análisis sobre las consecuencias de su retraimiento tras la victoria en la Primera Guerra Mundial, junto con el delicado estado en que se encontraban los países europeos a la altura de 1945, estuvieron en el origen de la reconsideración de su posición en el mundo. Ya eran la primera potencia, habían liderado la contienda mundial, su economía estaba inserta en los procesos de innovación más avanzados, pero todo ese potencial podría verse frustrado si de las ruinas del Viejo Continente volvían a surgir idearios radicales, de uno u otro signo, pero siempre alimentados por la miseria y la falta de esperanzas, o si los nuevos gobiernos europeos cedían ante las amenazas soviéticas, exageradas en la perspectiva americana pero comprensibles desde la debilidad europea. Reconstruir moral, política y económicamente Europa se convirtió en un objetivo que respondía al interés nacional norteamericano. De ahí el *Economic Recovery Program* de 1948, más conocido por el nombre de su autor, el Plan Marshall, y la constitución de la Alianza Atlántica, con la firma del Tratado de Washington en 1949. Estados Unidos pasaba de un extremo al otro, del aislamiento al intento de establecer un sistema internacional acorde con los principios liberales que informaban su modelo de democracia. Si la crisis del liberalismo parlamentario estuvo en el origen de la Segunda Guerra Mundial, el mundo de posguerra asistiría a su renacimiento con voluntad globalizadora.

La Europa que hoy conocemos no se puede entender sin el vínculo político, comercial y defensivo con Estados Unidos. Con la llegada de la nueva Administración Trump ese vínculo se ha roto, dando paso a un tiempo nuevo lleno de incertidumbres.

El vínculo atlántico

Si los doce años de las administraciones norteamericanas de Reagan y Bush enmarcaron el fin de la Guerra Fría, y los dieciséis años de las correspon-

dientes a Clinton y Bush representaron el auge de la Globalización, con el acceso de Barack Obama se inició un nuevo período en la política de aquel país. Si en el plano interno se abandonaba el centrismo pragmático de Clinton para volver a posiciones más ideológicas y al desarrollo del movimiento *woke*, en el internacional se asumía el cansancio provocado por guerras que parecían no tener fin y se fijaba una posición menos intervencionista. EE. UU. pasaba de dirigir el orden liberal internacional a optar por el retraimiento. Ayudaría a quien se ayudase de entre los amigos y aliados, “lideraría desde atrás”, todo ello sin cuestionar el marco institucional heredado. Estados Unidos seguía fiel al orden liberal, pero asumiendo menos responsabilidades y concentrándose en la defensa de sus propios intereses. Se inició la retirada de Afganistán e Irak al tiempo que se rehuía actuar en Siria, a pesar de haber establecido una “línea roja” abiertamente violada. Pese a la efectiva y elegante comunicación institucional, esos gestos fueron interpretados desde el campo rival como signos de debilidad y adelanto de derrotas. Paradójicamente los europeos celebraron aquel giro, como si con el nuevo presidente Estados Unidos se hiciera más europeo, cuando en realidad se estaba iniciando el desenganche norteamericano del Viejo Continente.

Donald Trump tuvo la habilidad de entender los cambios sociales provocados por la Globalización y la naciente Revolución Digital asaltando el Partido Republicano y convirtiéndolo en el baluarte de los perdedores de ambos procesos, de la causa nacionalista y del rechazo a las elites y a la cultura progresista. En el plano internacional continuó la línea establecida por su predecesor, pero trasformando en definiciones claras lo que venían siendo elegantes ambigüedades. Definió el nuevo campo de batalla, que sería la Revolución Digital. Del mantenimiento del liderazgo tecnológico dependería la generación de riqueza, el bienestar social y la influencia global. Señaló el rival a batir, China. Y, por último, cuestionó el futuro de la Alianza Atlántica ante el comportamiento irresponsable de buena parte de los aliados. Estados Unidos continuaba comprometida con el orden liberal, pero en su documento de estrategia se reconocía que la característica fundamental de la escena internacional era la “competición entre grandes potencias”, lo que suponía asumir el fracaso de la Globalización entendida como fase de consolidación del orden liberal. La continuidad con la acción exterior de su predecesor fue grande, aunque sus estilos tuvieran poco en común. Con Trump la política exterior ganó claridad conceptual y, sobre todo, instauró un sólido vínculo con el desarrollo económico. Se establecía una visión integral de la estrategia para ganar la Revolución Digital, poniendo a su servicio el conjunto de la acción exterior.

La Administración Biden recogió y desarrolló el legado conceptual de su predecesora, pero supuso una quiebra respecto del retraimiento establecido por Obama y continuado por Trump. La desastrosa gestión de la retirada de Afganistán resultó un hito en la historia de Estados Unidos, si bien el reconocimiento de la derrota recae sobre Obama y Trump. El retraimiento de Obama y Trump, la negativa del primero a actuar de manera coherente con sus propios compromisos en la crisis siria, el ridículo de la retirada de Afganistán, la crisis interna de la OTAN –evidente desde la cumbre de Gales– y los procesos electorales en Francia y Alemania establecieron el marco apropiado para que Rusia se planteara un nuevo paso en la reconstrucción de su histórico espacio de influencia. El bloque atlántico estaba dividido y cansado de campañas militares que se alargaban sin fin. Tras la separación de la Transnistria moldava, la invasión de los territorios georgianos de Abjasia y Osetia del Sur, la ocupación de la península de Crimea primero y de parte del Donbás después, parecía llegado el momento de avanzar sobre el conjunto de Ucrania. A pesar del expreso reconocimiento ruso de la soberanía de Ucrania y de su compromiso de defenderla frente a terceros, suscrito en el Memorándum de Budapest, su atracción gravitacional hacia las instituciones europeas y atlánticas suponía, como en los casos anteriores, una amenaza a la seguridad rusa en su singular percepción estratégica.

A diferencia de lo ocurrido en campañas precedentes, Rusia escenificó su interés por Ucrania organizando unas inacabables maniobras militares en su proximidad con cerca de 200.000 hombres. Al tiempo envió dos documentos distintos a la presidencia de Estados Unidos y a la secretaría general de la OTAN planteando el tema de fondo: la necesaria refundación del sistema de seguridad europeo. Para Moscú la descomposición de la Unión Soviética y del Pacto de Varsovia había dado paso a un injustificable avance de las instituciones occidentales hacia el este, poniendo en peligro su seguridad. Para Rusia, que en palabras de Putin no forma parte de Occidente, sino que es en sí una civilización, la cercanía de la Unión Europea o de la OTAN suponía una evidente e indiscutible amenaza que justificaría por lo tanto el uso de la violencia para evitarla. Rusia exigía la retirada de suelo europeo del armamento nuclear norteamericano y la retirada de los despliegues de fuerzas en su proximidad. De hecho, esas exigencias daban paso al reconocimiento efectivo del derecho ruso a ejercer influencia sobre sus vecinos, a modo de glacis de seguridad.

Las exigencias rusas chocaban de plano con los fundamentos del orden europeo, por el que se respetaba la plena soberanía de los estados y su derecho a solicitar el ingreso en las organizaciones regionales a partir del principio

de puertas abiertas. Más aún, para las elites políticas europeas resultaba incomprendible considerar como amenaza para la seguridad de Rusia a la Unión Europea o a la OTAN, entidades comprometidas con la paz y la estabilidad. La sola idea de obligar a un estado soberano a convertirse en neutral, cuando su ciudadanía se había decantado por participar plenamente en las organizaciones occidentales, representaría la renuncia a los propios fundamentos de la integración continental.

Tras décadas de paz en el Viejo Continente y con una elite política nacida y criada en el marco del “estado de bienestar”, sus dirigentes no fueron capaces de valorar el efecto que la ampliación hacia el este tendría en Rusia. Más aún, en un claro ejemplo de falta de formación en política internacional, confundieron el PIB y el desarrollo tecnológico con el poder de un estado, una confusión más propia del claustro de una escuela de negocios que de políticos y diplomáticos profesionales. No entendieron algo obvio para las generaciones anteriores: o se establecía un espacio que separara a estas organizaciones de Rusia o se desplegaba un sistema de disuasión que contuviera sus innatas ansias imperialistas. Los dirigentes de Moscú acabarían reaccionando, como lo han hecho a lo largo de su historia, a través de la injerencia en los asuntos internos de sus vecinos y de la violencia. Su PIB era bajo y su tecnología limitada, pero su disposición a luchar era muy superior a la de sus vecinos europeos.

Biden había pasado parte de su vida como senador en la Comisión de Asuntos Exteriores, lo que, sumado a los ocho años que ejerció de vicepresidente, le daba confianza a la hora de afrontar la agenda internacional. Por edad su visión estaba mucho más cerca de la del expresidente Clinton. Entendía que era tiempo de retraimiento, pero valoraba muy positivamente las alianzas de seguridad resultado de años de diplomacia. Para él la crisis de Ucrania planteaba varios retos.

El primero era la propia existencia de la OTAN. Como le ocurrió a Clinton con la crisis de los Balcanes, comprendió que el futuro de la alianza dependía de que Estados Unidos asumiera su liderazgo frente a la injustificable invasión rusa. Más aún, puesto que la OTAN se encontraba en “muerte cerebral”, en expresiva sentencia del presidente francés Macron, la crisis ucraniana le daría la oportunidad de revitalizarla. De nuevo los europeos se encontraban ante el riesgo de una guerra generalizada, para la que no estaban preparados a pesar de los avisos norteamericanos repetidos durante décadas. La cumbre atlántica de Madrid fue testigo de la aprobación de un nuevo “concepto estratégico” en el que se declaraba a Rusia como “amenaza” y a

China como “reto sistémico”. Rusia no solo le permitió reactivar la vieja organización, además logró que estados como Finlandia y Suecia solicitaran su ingreso. Todo ello en el marco del debate sobre una “OTAN global” y con la presencia de potencias del área del Pacífico, como Japón y Corea del Sur.

El segundo reto era evitar la división y enfrentamiento entre los propios europeos, uno de los objetivos originales que justificaron la formación de la Alianza Atlántica. Esa fue la lección aprendida tras la Primera Guerra Mundial y ese el remedio tras la Segunda. Estados Unidos había dejado de lado su tradicional aislacionismo al constatar que su seguridad dependía de la estabilidad del Viejo Continente, algo a construir, pues de manera natural lo previsible era el conflicto. Sin el indiscutible liderazgo estadounidense resultaría muy difícil mantener en pie la unidad europea, campo abonado para la influencia rusa y, sobre todo, china.

En la declaración suscrita en la citada cumbre atlántica celebrada en Madrid podemos leer:

“We stand in full solidarity with the government and the people of Ukraine in the heroic defence of their country. We reiterate our unwavering support for Ukraine’s independence, sovereignty, and territorial integrity within its internationally recognised borders extending to its territorial waters. We fully support Ukraine’s inherent right to self-defence and to choose its own security arrangements. We welcome efforts of all Allies engaged in providing support to Ukraine. We will assist them adequately, recognising their specific situation.”

Estas ideas fueron repetidas una y otra vez en los comunicados de la UE, dando testimonio de cómo una crisis había logrado conformar un consenso que se expresaba de la manera más firme y clara posible. Sin embargo, cuando de la prosa diplomática se pasó al ámbito de la defensa, las contradicciones e incoherencias se pusieron de manifiesto. Desde un primer momento se renunció a la victoria sobre Rusia, por miedo a que una situación de desesperación llevara a sus dirigentes a utilizar el arma nuclear. Su superioridad en cabezas nucleares de teatro y la formación de sus oficiales en su uso en el campo de batalla, más allá de su capacidad disuasora, preocupaba a ambas orillas del Atlántico. De ahí que se administrara en todo momento la información y el armamento que se suministraba a las fuerzas armadas ucranianas. Para Washington el objetivo debía limitarse a desgastar a Rusia, dejando patente el alto coste de realizar acciones de este tipo. Un coste en imagen, pues aparecía ante el mundo como una potencia que dejaba de lado el derecho internacional e invadía sin justificación un estado vecino. Un

coste reputacional, pues resultaba evidente el penoso estado de sus fuerzas armadas y la incompetencia de sus oficiales superiores y de los servicios de inteligencia. Un coste económico, al congelarse activos, aplicarse graves sanciones y forzar a su sector productivo a convertirse en una máquina de guerra. Tras el agotamiento ruso se llegaría a una situación en la que, a la vista de los resultados, habría que redefinir el sistema de seguridad europeo y las fronteras de Ucrania, dando por sentado que lo más probable sería que, por lo menos, la península de Crimea quedaría bajo control o soberanía rusa.

El daño infligido a la potencia atacante es indiscutible, como lo es la capacidad rusa, tantas veces demostrada a lo largo de la historia, de soportar conflictos de alta intensidad. Plantear a Rusia un teatro de desgaste es, como poco, imprudente. Su economía está muy dañada, el número de bajas sufridas es muy elevado, su dependencia respecto de China es enorme, hasta el punto de haberse convertido en un vasallo, pero ha aguantado. Más aún, el cálculo realizado en el Kremlin de que el bloque de apoyo a Ucrania no sería capaz de mantener su unidad se ha confirmado, apenas tres años después de formarse. Una vez más la idea de que las potencias occidentales no son capaces de mantener una posición en el tiempo, de que carecen de “paciencia estratégica”, de que su falta de valores les impide soportar el sacrificio, se confirma a ojos del resto del planeta.

La política seguida por Biden tenía muy presente el papel del rival por excelencia de Estados Unidos, China, que había adoptado una firme posición a favor de Rusia, a pesar de violentar con ello su postura tradicional de defensa de la soberanía nacional. Putin viajó a China justo antes de iniciarse la invasión y cuando ya estaba claro que ni Estados Unidos ni sus aliados europeos estaban dispuestos a aceptar sus exigencias sobre la seguridad continental. La declaración conjunta, firmada y publicada al final de su estancia y que recogía todo un alegato en favor de un sistema internacional alternativo al orden liberal, vinculaba sorprendentemente el caso de Taiwán con el de Ucrania. A pesar de la evidencia de que el invasor era Rusia, los dirigentes chinos no tuvieron reparo en asumir el discurso de Moscú. Las potencias occidentales eran las agresoras, ignorando abiertamente la voluntad de la sociedad ucraniana. China había sopesado las ventajas e inconvenientes de apoyar o marcar distancia de la iniciativa moscovita. Al final concluyó asumiendo el coste de la violación de un espacio soberano, en la confianza de que aumentaría la dependencia de Rusia, con sus ingentes depósitos de materias primas, dividiría a los europeos y, sobre todo, aumentaría la crisis interna de la OTAN. La Administración Biden quiso arrinconar al gobierno de Pekín, mostrando ante el mundo la incoherencia e inmoralidad de su postura, pre-

cisamente cuando la diplomacia americana trataba de establecer vínculos de seguridad con buena parte de los estados del área del Pacífico y del Índico. Unos estados que tenían tantas razones para temer a China como para desconfiar de la volubilidad estadounidense. China contrarrestó utilizando, una vez más, el discurso anticolonial: Estados Unidos actuaba de manera discrecional sancionando económicamente a aquellos que se oponían a sus intereses. Desde su autoproclamada condición de líder de los estados víctimas de la opresión imperialista dio facilidades para utilizar sus plataformas de pagos y animó al uso de divisas alternativas al dólar, empezando por el propio yuan.

La doctrina MAGA y la preservación del vínculo trasatlántico

La vuelta de Trump a la Casa Blanca no está suponiendo un retorno a sus anteriores políticas, en gran medida seguidas por la Administración Biden. Si entonces aportó una visión integral de la estrategia de seguridad, vinculando lo económico con la diplomacia y la defensa, en esta ocasión ha ido mucho más allá. Parte de una visión nacionalista, que cuestiona compromisos de todo tipo con aliados. El núcleo sigue estando en cómo ganar la Revolución Digital al tiempo que se superan los efectos de la Globalización. Las empresas norteamericanas deben volver y las extranjeras serán bien recibidas si invierten y crean puestos de trabajo. Se establecerá el marco fiscal y regulatorio más apropiado para el emprendimiento, en la confianza de que así se crearán empleos y se garantizará la armonía social, comprometida por la deslocalización de procesos productivos.

La diplomacia se centrará en negociar con los rivales, tanto áreas de influencia como condiciones comerciales. Se trata de evitar conflictos en los que nadie puede ganar y favorecer la actividad económica. Las relaciones con los aliados quedan supeditadas a los acuerdos con las grandes potencias, pues lo importante es preservar la paz y garantizar los intereses nacionales, entendidos estos últimos en perspectiva nacionalista. El sentido de alianzas como la OTAN o de acuerdos bilaterales, como los establecidos con Filipinas, cambia radicalmente. Ya no se trata de apoyar a aquellos que comparten una visión ideológica para consolidar un orden internacional, sino de llegar a un entendimiento con los rivales, fuera de cualquier aspiración al mantenimiento o establecimiento de un orden. Los aliados cuentan, son parte de las cadenas de suministros y de distribución, pero son considerados rivales tecnológicos y comerciales, además de beneficiarios indebidos de unas coberturas de seguridad a costa del bolsillo del

contribuyente norteamericano. Ambas situaciones deben ser revisadas en profundidad en un proceso dinámico.

El efecto en el corto plazo de este cambio es la consolidación de la imagen de Estados Unidos como actor voluble y, por lo tanto, no fiable. La tendencia a la equidistancia crece entre sus antiguos aliados y aquellos otros estados que optaron por una economía de mercado y que evolucionan hacia la democracia, pero que comprenden que tienen que llegar a algún tipo de acuerdo con China a la vista de la posición norteamericana. Enterrado el orden liberal por quien lo estableció, Rusia y China se encuentran en una posición cómoda, dispuestos a aprovechar una ventana de oportunidad para consolidar posiciones, pero desconfiando de que la nueva política norteamericana se pueda mantener en el tiempo. Trump ganó las elecciones presidenciales y legislativas, pero más por los errores de Biden y Harris que por méritos propios. Desde Moscú y Pekín no se descarta un nuevo giro hacia posiciones más tradicionales, aunque la vuelta al pasado sea ya imposible.

El efecto de la nueva política sobre el espacio atlántico es extraordinario. Canadá es invitado amenazadoramente a incorporarse a Estados Unidos con solo dos senadores, los mismos que Delaware. Se le exige a Dinamarca la venta de Groenlandia con modos y argumentos impropios de la relación con un aliado. Estos dos ejemplos son ilustrativos de cómo la nueva administración ve a los que durante décadas han sido sus compañeros de viaje, los estados más comprometidos con la defensa de la hegemonía de Estados Unidos y con el consiguiente orden liberal. Ese vínculo se estableció con la creación de la Alianza Atlántica, ante las ruinas de Europa, tras la pérdida de millones de vidas y con el fin de defender y promover la democracia. El vínculo se expresó en el plano jurídico con el tratado del Atlántico Norte, firmado en Washington en 1949. En su artículo 5º se establecía el compromiso de mutua defensa, si bien en una modalidad ambigua, pues dejaba a la voluntad de cada uno de los signatarios el responder a una agresión con los medios que considerara adecuados. A continuación, se creó la Organización para el Tratado del Atlántico Norte, como instrumento institucional de la Alianza. El primer secretario general de la OTAN, el general británico Lord Ismay, resumió el sentido original de la Alianza en una breve sentencia: *“to keep the Soviet Union out, the Americans in, and the Germans down.”* Con el paso del tiempo y como consecuencia del propio desarrollo de la OTAN la Alianza se transformó en algo más complejo: un sistema de defensa colectivo. Años después el prof. Brzezinski subrayaría más y mejor el papel asignado a Estados Unidos, al etiquetar metafóricamente Europa como un protectorado de Estados Unidos. Cuando durante décadas hacíamos referencia al

“vínculo” estábamos hablando del compromiso de seguridad de ese país con el Viejo Continente. Tras las primeras semanas de Administración Trump ya podemos reconocer el fin de la Alianza. El “vínculo” se ha roto. No hay un sistema de defensa colectivo, pero sigue vigente el tratado y en pie la OTAN. La potencia norteamericana no parece dispuesta a liderar, pero sí a considerar, caso a caso, su participación en la gestión de crisis. De compartir un proyecto fundamentado en valores ha pasado a tratar de establecer un área de influencia carente de ellos.

El fin de la Alianza y la crisis de la OTAN son, en primer lugar, responsabilidad de los estados europeos. Por una parte, consideraron superado el riesgo de guerra en el Viejo Continente y desarrollaron una cultura pacifista que suponía tanto una crítica a la política de los Estados Unidos como innecesaria la inversión en defensa. Por otra, los estados europeos trataron de superar las tensiones sociales a través del establecimiento y desarrollo de “*welfare states*”, que acaparaban el grueso de los presupuestos y dejaban poco espacio para la defensa. Por último, cuando tras la desintegración de la Unión Soviética y la emergencia de China el Pacífico se convirtió en el eje de la seguridad internacional, los representantes del Viejo Continente rechazaron la idea de dar paso a una “OTAN global”, a la que se incorporarían las democracias y economías abiertas de referencia en la región, como Japón, Corea del Sur o Australia, entre otras. Los europeos no solo no invertían en defensa lo mínimo para tener a sus fuerzas armadas en un nivel aceptable de operatividad, además bloqueaban la vía lógica de desarrollo de la Alianza, adaptándola a las nuevas circunstancias. El hecho de creer que la paz estaba garantizada y que tenían derecho al protectorado norteamericano da una idea de la competencia y sentido de la responsabilidad de las elites continentales.

El planteamiento de la crisis no corresponde a Trump, ni en la presente legislatura ni en su anterior etapa en la Casa Blanca. Es parte de un proceso que viene de más atrás y que afecta a los dos partidos presentes en el Capitolio. Más allá de la perspectiva de seguridad internacional, de que los europeos consideraran que tenían derecho al “protectorado” y, por lo tanto, a no invertir en defensa, estaba el hecho de que el contribuyente norteamericano sufragara con sus impuestos el “*welfare state*” de sus aliados, cuando él no tenía derecho a uno semejante, lo que enervaba comprensiblemente a sus representantes en el Congreso.

Además de la incuestionable responsabilidad europea debemos considerar el cambio de posición norteamericana, que del retraimiento de Obama ha

dado paso al nacionalismo de Trump. La nueva Administración norteamericana considera el período comprendido entre 1945 y 2008 como un paréntesis en su historia diplomática que debe ser finalmente superado. Estamos ante una vuelta al escenario previo a la Segunda Guerra Mundial.

La gestión de la crisis de Ucrania ha supuesto la escenificación del desencuentro entre los aliados y de la manifiesta incompetencia de los europeos. Con la victoria electoral de Trump no solo se fraccionó el bloque, además Estados Unidos decidió poner fin a la propia Alianza, hizo suyos algunos de los argumentos rusos en relación con Ucrania, llamó dictador a su presidente –argumentándolo con datos falsos–, retiró su ayuda militar y se quedó con parte de sus recursos mineros. Más aún, los nuevos dirigentes hicieron gala de su desprecio por la Unión Europea, por buena parte de sus estados y por el acervo democrático continental. El renovado Partido Republicano se siente más próximo al autoritarismo nacionalista de China o Rusia que a sus antiguos aliados, considerados ejemplo de decadencia y merecedores de público escarnio.

Estados Unidos no solo abandonaba los compromisos asumidos en el Memorándum de Budapest y en la Declaración de Madrid; además, para sorpresa generalizada, arrinconaba al gobierno de Kiev, descontaba la cesión de territorios de soberanía ucraniana y hacía suyos argumentos esgrimidos por Rusia para tratar de legitimar su acción. Antes de comenzar formalmente la negociación se realizaban cesiones injustificadamente. Más aún, Trump manifestaba públicamente su disposición y capacidad para llegar a un acuerdo en un tiempo muy breve. La diplomacia norteamericana parecía estar haciendo el trabajo a la rusa, que en buena lógica debía aprovechar esas acciones y declaraciones para lograr las mayores concesiones posibles alargando la negociación.

La razón del comportamiento norteamericano parece residir en la voluntad de cambiar el marco de referencia. La Administración Trump quiere subordinar la gestión de la crisis ucraniana a un acuerdo global entre las dos grandes potencias, en el que se incluya el futuro del Ártico, las cadenas de suministro de materias primas y la nuclearización de Oriente Medio. Un entendimiento ruso-norteamericano limitaría la dependencia rusa de China, debilitando así a su principal rival. Ucrania ni es el único tema ni es el más importante. Sin embargo, cuantos más temas se colocan sobre la mesa de negociación más compleja se hace esta y más fácil resulta para los representantes rusos enmarañar el debate y ganar tiempo. Si Trump tiene prisa deberá realizar concesiones extraordinarias.

El presidente norteamericano busca también provocar un cambio en la actitud europea, al constatar el fin de una etapa y su incapacidad para poder ayudar a Ucrania. Años de baja inversión en defensa han llevado a una escasez de capacidades y a una reducción del número y tamaño de la industria de defensa. Los estados europeos no tienen ni armamento ni munición suficiente. Tampoco posibilidad de cubrir sus carencias en un tiempo breve. Se están viendo sometidos a una presión imposible de evitar para rearmarse, dando paso a una nueva OTAN más operativa, pero también más subordinada a los intereses de los Estados Unidos. Del “protectorado” se intenta pasar a un área de influencia, lo que de consolidarse afectaría tanto a la seguridad como a la economía. Esta operación supone un choque abierto con la Unión Europea y descuenta que no todos los estados lo aceptarán, lo que llevará a una deseada desunión.

Europa y su defensa

Los ciudadanos europeos asisten perplejos a la evolución de los acontecimientos mientras sus gobernantes tratan de hallar una posición común con la que hacer frente a una situación que cuestiona los fundamentos del orden establecido tras el fin de la Segunda Guerra Mundial. El cambio vivido en Estados Unidos no tiene nada de original. En realidad, es la expresión de un proceso que afecta al conjunto de Occidente. El triunfo de Donald Trump en las últimas elecciones presidenciales, con un renovado programa político, es el resultado de la crisis de confianza de la ciudadanía de ese país en sus elites tradicionales, consecuencia a su vez de los efectos de la Globalización y de la Revolución Digital. La misma crisis de confianza motivada por iguales razones que estamos viviendo en Europa. El nacionalismo populista ha vuelto, si bien adaptado a las nuevas circunstancias. En ambas orillas del Atlántico asistimos a su crecimiento y con él al cuestionamiento de los sistemas políticos vigentes y de la propia democracia. Estas formaciones rechazan el orden liberal y las instituciones sobre las que se había asentado.

La perplejidad europea tiene que ver tanto con el giro norteamericano como con el apoyo que ha encontrado entre los partidos nacionalistas europeos, ahora más moderado tras la aplicación de los nuevos aranceles. De ahí que la reacción no pueda limitarse a un pulso entre ambas orillas del Atlántico, sino que requiera de una nueva política que recupere el prestigio perdido de las elites, ilusione a la ciudadanía y reduzca el peso de estas formaciones alternativas. Puesto que la clave del desarrollo del Viejo Continente ha residido en su proceso de integración cabe suponer que su futuro, incluida la respuesta al conjunto de circunstancias que caracteriza nuestra situación

actual, dependerá del papel que jueguen sus instituciones y de sus hipotéticos cambios hacia una mayor o menor unidad.

La coincidencia en el tiempo del salto a la “Europa política”, con la Política Económica y Monetaria en el seno de la recién creada Unión Europea, y el derribo del Muro de Berlín, seguido de la desintegración de la Unión Soviética, llevó al intento de compatibilizar la profundización en la unidad con la ampliación, incorporando a estados con escasa tradición democrática y necesitados de afrontar duros ajustes económicos. Si la magnitud del reto hacía dudar de la posibilidad de alcanzar las metas propuestas, la sucesión de crisis –Gran Recesión de 2008, la COVID-19 y la crisis pospandemia– no ha hecho más que complicar la situación. El proceso de integración se ha ralentizado al tiempo que se ha ensimismado, tratando de resolver problemas concretos. Lo inmediato, lo urgente, se ha impuesto a una visión a largo plazo, con graves consecuencias que van más allá del citado proceso. Europa ha quedado fuera de la Revolución Digital lo que, de no corregirse de inmediato, condenaría al Viejo Continente a la decadencia. Ni se innova ni se generan patentes en los sectores críticos, a pesar de contar con formidables recursos humanos y de una importante infraestructura de formación e investigación. En vez de concentrar medios y energías en dar respuesta a los auténticos retos de nuestro tiempo, las distintas instancias europeas –comunitarias y nacionales– han generado una inflación normativa que actúa como innecesaria e injustificable carga para las empresas. Lo mismo podemos decir de un conjunto de políticas fiscales, resultado de la sucesión de crisis económicas antes citadas, que representan una losa para el entorno corporativo y desanima la inversión. El ahorro europeo y buena parte de nuestros mejores jóvenes abandonan Europa en busca de ambientes más propicios para poder alcanzar sus objetivos.

La suma de los efectos de la Globalización con los de la Revolución Digital cuestionan la pervivencia del orden social y económico europeo. Las instituciones nacionales y comunitarias no solo no son capaces de dar respuesta a estos problemas, además demuestran incompetencia para dirigir la adaptación a las nuevas circunstancias. Es por ello comprensible que crezca entre nosotros la desconfianza frente a las elites tradicionales, despejando el camino para que nuevas formaciones políticas de carácter populista, guiadas por personajes con vocación caudillista, accedan al poder. Como ya ocurriera hace un siglo, el nacionalismo aprovecha las dificultades de la democracia parlamentaria cuando tiene que gestionar cambios socioeconómicos profundos para minar sus fundamentos.

La perplejidad ciudadana crece aún más ante el curso de los acontecimientos internacionales. Una sociedad convencida de haber superado la guerra, de haber garantizado la paz y el bienestar en Europa, de pronto descubre que no solo es posible la guerra, sino que ya está aquí ¿Qué ha ocurrido? ¿Cómo Alemania renunció a la energía nuclear para depender del gas ruso? ¿Cómo no se hizo nada ante la ocupación rusa de Transnistria, Abjasia, Osetia del Sur, Crimea y de parte del Donbás, animando a Moscú a seguir adelante con su política imperialista? ¿Cómo es que nuestras fuerzas armadas carecen de armamento y de munición suficiente hasta el punto de no poder ayudar a Ucrania en la legítima defensa de su territorio? ¿Cómo respetar a quienes nos han gobernado si han cometido errores tan burdos y nos han abocado a una situación tan compleja?

Como si no hubiéramos aprendido nada de los orígenes de la Segunda Guerra Mundial, como si no se hubieran publicado miles de páginas sobre las “estrategias de pacificación” y Winston Churchill, nuestras elites confiaron en que así se satisfarían los instintos imperiales de Moscú, cuando en realidad los estaban alimentando. Las reiteradas advertencias norteamericanas de que sin inversiones la operatividad de la OTAN caería hasta límites inaceptables, como ya se había podido comprobar durante las guerras de los Balcanes, tampoco fue escuchada. Se pensaba que EE. UU. nunca rompería el vínculo por su interés en mantener un espacio de influencia sobre el Viejo Continente. Para nuestras elites rectoras –políticos, empresarios, académicos e intelectuales– no había riesgo de guerra en Europa, por lo que no tenía sentido invertir en capacidades militares. Tal cúmulo de errores pone de manifiesto cómo, tras décadas de paz y bienestar, las sociedades europeas perdieron el sentido de la realidad, se desconectaron del resto del planeta. La situación se transforma en grotesca cuando todavía hoy los europeos continúan viéndose a sí mismos como la comunidad más desarrollada y civilizada del planeta, como si ignorar sistemáticamente la realidad y dejarse sorprender por la dinámica política de las grandes potencias pudiera ser razón de orgullo. Los europeos se han encontrado con el fin del “protectorado” norteamericano, ante un despliegue tan innecesario como deseado de insultos y desprecios por parte de su aliado y, por último, con una guerra arancelaria vinculada al sometimiento de las grandes corporaciones de EE. UU. a las leyes europeas. La situación ha dado paso a un estado de *shock* y a una sucesión de reuniones y declaraciones dirigidas a reconfigurar la seguridad europea, pero que ponen de manifiesto sus muchas carencias.

La magnitud de la crisis requiere de una respuesta conjunta, pero los europeos carecen de una institución apropiada para ello. La OTAN es la entidad

européa de defensa por excelencia. Sin embargo, el giro impuesto a la política norteamericana por el presidente Trump hace dudar de su viabilidad. Anulada la Alianza, como explicamos anteriormente, queda por saber qué va a ser de la OTAN, pues hasta la fecha era su instrumento ejecutor. Hipotéticamente podría sobrevivir a la retirada de Estados Unidos, una situación posible aunque poco probable, pero el vacío que dejaría sería muy difícil de llenar en dos terrenos críticos. El primero es el del liderazgo. Nos encontraríamos ante el esfuerzo de un directorio informal por establecer consensos de muy difícil constitución, dada la diversidad de gobiernos y perspectivas nacionales. Cabe el riesgo de carecer de alternativa, lo que la autoridad de Estados Unidos en ocasiones podía conseguir, más aún cuando se exige la unanimidad de los treinta y dos Estados miembros. El segundo es el de las capacidades. Se tardaría más de diez años en suplir algunas que en la actualidad solo Estados Unidos puede aportar. En el caso de que Estados Unidos no abandonara la OTAN, pero siguiera fiel a los postulados presentados por el presidente Trump, podríamos encontrarnos con que la Administración norteamericana utilizara su voto para bloquear acuerdos dirigidos a garantizar la seguridad europea, pero a su juicio contrarios a sus intereses nacionales. La OTAN dispone de la estructura civil y militar propia de un sistema de defensa colectiva, pero su órgano político ha entrado en crisis y no sabemos cómo va a salir de ella. La prudencia aconseja hacer todo lo posible por preservar un activo valiosísimo, tomando las medidas necesarias para refundar el compromiso original y adaptando la Organización a las nuevas circunstancias internacionales.

Fuera de la OTAN los europeos carecen de una institución apropiada para este fin. La defensa es la expresión más nítida de la soberanía, pues su función es preservar la existencia e independencia de la comunidad y nada hay más comprometido que el uso de la fuerza. Los Estados miembros de la Unión Europea podrían considerar que ha llegado el momento de avanzar hacia una Europa de la Defensa, pero son varios los problemas que lo obstaculizan.

Si, como hemos comentado con anterioridad, la política europea se ha ensimismado, el proceso de integración se ha ralentizado, la ciudadanía cuestiona a sus elites, y el populismo nacionalista crece denunciando el exceso de protagonismo de las instituciones europeas, es poco probable que se den las condiciones para un salto de esta naturaleza. Nos hallamos ante un característico momento darwiniano en el que el reto de la adaptación a unas nuevas circunstancias empuja a la aceptación de nuevas formas de organización política. Los europeos disponemos del instrumento necesario. El proceso de

integración europeo que nos permitió superar el nacionalismo, establecer un mercado común, generar la riqueza necesaria para estabilizar los denominados “estados de bienestar”, dotarnos de una moneda única... es el medio idóneo para afrontar la Revolución Digital y para garantizar nuestra seguridad, sin con ello cuestionar el vínculo atlántico. Pero de poco vale disponer del instrumento si no hay una base social que lo respalde. Plantear una reforma del Tratado está fuera de lugar, pues no está garantizado ni el acuerdo en el Consejo ni la aprobación en el conjunto de los parlamentos nacionales. El procedimiento requeriría de un tiempo del que no se dispone y el resultado podría ser desolador. Corresponde pues avanzar poco a poco, explorando el margen de actuación que el Tratado permite para desarrollar tanto una estructura militar como otra civil.

Una defensa europea no puede circunscribirse a la Unión Europea. Es fundamental contar con la colaboración de estados que, por su geografía e historia, están llamados a representar un papel relevante en este terreno. Entre los que no forman parte de la Unión destacan el Reino Unido, Noruega y Turquía, los tres miembros de la OTAN. Si es difícil imaginar que se pueda avanzar al mismo ritmo con los veintisiete y no cabe hacerlo sin los tres citados, una vía a explorar sería una “cooperación reforzada”, complementada con una fórmula jurídica que permitiera la colaboración con estados ajenos a la Unión. En cualquier caso, esta vía, dirigida a explorar un camino de incierto futuro, no resolvería ni la ausencia de liderazgo, con la consiguiente dificultad para llegar a entendimientos, ni de capacidades básicas para el empleo de la fuerza.

Fuera de la OTAN y de la Unión Europea siempre es posible que un grupo de estados decida actuar por su cuenta. En las últimas semanas y a propósito del debate sobre cómo avanzar hacia la configuración de una defensa europea, nos encontramos en los medios de comunicación con la expresión “coalición de voluntarios”. La expresión es muy significativa. Deriva de un comentario realizado por el entonces secretario de Defensa de los EE. UU., Donald Rumsfeld, durante la primera legislatura de George W. Bush. A la vista de las dificultades para lograr que la OTAN funcionara de manera cohesionada, pues ya era evidente su crisis, señaló que en el futuro las acciones militares se realizarían por medio de “*Coalitions of the willing*”. Se izaría un banderín de enganche, el que quisiera se sumaría, y el que no trataría de no molestar. La expresión ha sido desarrollada desde entonces en EE. UU. y se ha convertido en un lugar común, prueba de la escasa confianza en el futuro de la Alianza. La expresión resurge ahora en Europa. En realidad, estamos rescatando los “directorios” decimonónicos, que durante un tiempo re-

bautizamos como “grupos de contacto”. Ante la ausencia de un marco institucional apropiado, un conjunto de estados asume el compromiso de actuar para desbrozar el camino a seguir. En este y en otros sentidos el Reino Unido está representando un papel relevante, más aún cuando no es miembro de la UE. Junto con Polonia, Alemania y Francia es hoy el núcleo intelectual y político dirigido a dar forma a una posición, lo más común posible, en la OTAN, en la UE o fuera de estas organizaciones.

Más allá del marco institucional desde el que se actúe hay un conjunto de problemas que va a determinar las decisiones futuras. Los estados europeos incrementarán sus inversiones en defensa, lo que los llevará a un complejo proceso de toma de decisiones sobre qué capacidades adquirir y qué industrias desarrollar. De entrada, podrán poner al día lo que ya tienen. Pero, en breve, y en el marco de una revolución tecnológica, deberán resolver qué nuevo armamento van a adquirir y en qué medida esas nuevas tecnologías van a suponer la modificación de las doctrinas en vigor. La acelerada recuperación del tiempo perdido va a tener un alto coste en improvisación a la hora de elegir lo que se necesita.

Problema de mayor complejidad es el de la escasez de tropa. Desde hace décadas los demógrafos vienen llamándonos la atención sobre el declive poblacional europeo y su impacto sobre las fuerzas armadas. Los europeos dejamos de reproducirnos a un ritmo normal hace tiempo y cosechamos el resultado de tan singular comportamiento. La media de edad es muy alta y el número de jóvenes dispuestos a incorporarse a los ejércitos bajo. En algunos estados, como es el caso de España, se ha tratado de paliar presentándolo como un medio de atraer a emigrantes y facilitar su integración en la sociedad española. El comportamiento de estos soldados en el campo de batalla es un enigma. De lo que no hay duda es de que se convierten en un activo valioso por escaso, que es fundamental desarrollar una reserva de voluntarios de toda edad para cubrir distintos puestos y que debemos usar las nuevas tecnologías para proteger a nuestros soldados y marineros y facilitar su acción en combate.

La seguridad europea descansa en la disuasión nuclear desde la misma fundación de la Alianza Atlántica. Sin la certeza de que Estados Unidos vaya a garantizarla nos encontramos en una situación de gran vulnerabilidad, ante una Rusia poseedora de importantes arsenales de armamento nuclear táctico y estratégico. Las capacidades francesa y británica no son extensibles, por su limitada cantidad y su condición de estratégicas. Es por ello comprensible que en estados como Polonia y Alemania se haya iniciado un deba-

te sobre la necesidad de poseerlas, siguiendo el iniciado tiempo atrás en Corea del Sur y el siempre latente en Japón. La proliferación nuclear no es una buena noticia, pero estados limítrofes con Rusia necesitan esta capacidad. Si la disuasión norteamericana deja de ser una garantía tendría sentido que estos y otros estados trataran de dotarse de este armamento. A la vista de la evolución política europea la posibilidad de más gobiernos populistas con medios nucleares a su disposición no parece la mejor manera de garantizar la paz.

Conclusiones

Los europeos han chocado de bruces con el muro de la realidad y han comenzado a reaccionar. A la vista de que ninguna organización resulta apropiada para organizar este proceso, la responsabilidad ha recaído en los estados. Durante unos años seguiremos relativamente indefensos, tras perder el “protectorado” norteamericano y al no disponer todavía de las capacidades derivadas del proceso de rearme. Será un tiempo delicado en términos diplomáticos, pero de gran valor para que las sociedades del Viejo Continente recuperen la conciencia de defensa.

En los próximos meses se pondrá a prueba la nueva política americana y sus resultados tendrán un gran efecto sobre el futuro de su posición en el mundo y sobre su relación con los estados europeos. No es seguro que la Administración Trump consiga convencer a los gobiernos de Moscú y Pekín de la bondad de su propuesta de entendimiento, que evite tensiones innecesarias entre las grandes potencias y permita consolidar áreas de influencia. Por ahora ni lo ven posible ni se acaban de creer que las propuestas del nuevo presidente norteamericano tengan el apoyo necesario en el Capitolio y en la sociedad. El desorden estructural de su equipo, los ceses y dimisiones, la falta de capacitación de algunos de los personajes más significados no ayudan en este sentido.

No hay que descontar la posibilidad de una reconstrucción de la Alianza Atlántica, aunque en términos sensiblemente distintos a los actuales. Los norteamericanos pueden concluir que la manera en que se está tratando a aliados y amigos es un grave error, que afecta negativamente sus intereses nacionales. Una hipotética rectificación será solo posible si los europeos demuestran que pueden ser aliados creíbles, lo que exige tanto disponer de capacidades como de unas fuerzas armadas plenamente operativas. Será también el momento de definir una nueva estrategia atlántica, reflejo de una Alianza refundada, acorde con un mundo diferente a aquel en el que fue es-

tablecida. No hay razón para pensar que los intereses de Estados Unidos sean contradictorios con los de Canadá y los restantes aliados europeos. Tampoco que resuelva cuestionable que una reunión de estados democráticos asiente su política en valores, esos que están presentes en sus constituciones. Aunque las circunstancias han cambiado, la necesidad de continuar juntos permanece, por mucho que los actuales dirigentes norteamericanos lo rechacen.

Si el divorcio planteado por Trump se mantuviera nos encontraríamos con un escenario preocupante en el Viejo Continente. El rearme de los estados en un momento de crítica a las elites tradicionales, de cambios profundos en los sistemas políticos, de auge de populismos de distinto sesgo, nacionalistas o revolucionarios, no solo cuestionaría el proceso de integración europeo, sino que podría reanimar tensiones que en el pasado nos llevaron al desastre. Si el rearme afecta también al arma nuclear, esos riesgos aumentarían. Es fundamental que la sociedad entienda el sentido de estos cambios y que valore tanto la independencia como las instituciones democráticas, objeto de ataques no solo desde el exterior, sino también del interior.



Colección CUADERNOS

CUADERNOS 1

**España: ante una encrucijada crítica.
Empleo, responsabilidad y austeridad**
Diciembre de 2011

CUADERNOS 2

Empleo juvenil
Febrero de 2012

CUADERNOS 3

Plan y liderazgo. Lo urgente y lo importante en la política frente a la crisis
Marzo de 2012

CUADERNOS 4

Regular en tiempos de crisis
Mayo de 2012

CUADERNOS 5

Por una política presupuestaria más ambiciosa
Junio de 2012

CUADERNOS 6

Una democracia de calidad: valores cívicos frente a la crisis
Septiembre de 2012

CUADERNOS 7

Desafección política y sociedad civil
Noviembre de 2012

CUADERNOS 8

La investigación: una prioridad a prueba
Diciembre de 2012

CUADERNOS 9

Medidas para la reactivación del sector inmobiliario y la construcción
Mayo de 2013

CUADERNOS 10

Riesgos de pobreza, ingresos mínimos y servicios sociales
Noviembre/Diciembre de 2013

CUADERNOS 11

Mercado hipotecario: crisis y reforma
Noviembre de 2013

CUADERNOS 12

Por una reforma tributaria en profundidad
Febrero de 2014

CUADERNOS 13

La Formación Profesional ante el desempleo
Octubre de 2014

CUADERNOS 14

Empresas, función empresarial y legitimidad social de los empresarios
Noviembre de 2014

CUADERNOS 15

La reforma constitucional y Cataluña
Marzo de 2015

CUADERNOS 16

Recuperar para el empleo a los trabajadores menos cualificados
Abril de 2016

CUADERNOS 17

La transición energética y la Cumbre del Clima de París
Mayo de 2016

CUADERNOS 18

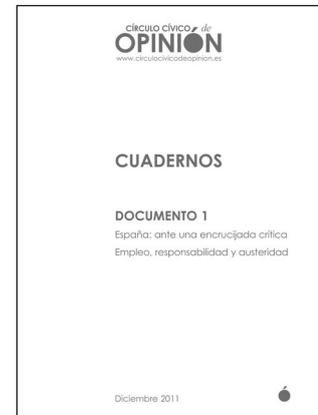
España y el riesgo del Brexit
Junio de 2016

CUADERNOS 19

Populismo: qué, por qué, para qué
Abril de 2017

CUADERNOS 20

Pobreza, crisis humanitarias y cooperación para el desarrollo
Septiembre de 2017



CUADERNOS 21

Economía y populismos
Octubre de 2017

CUADERNOS 22

Sobre el discurso del odio
Noviembre de 2018

CUADERNOS 23

Sobre la presidencia de Trump y las elecciones de noviembre
Diciembre de 2018

CUADERNOS 24

Ante el envejecimiento demográfico
Febrero de 2019

CUADERNOS 25

El bienestar complementario: la contribución de las empresas a la protección social
Abril de 2019

CUADERNOS 26

Europa, 2019
Mayo de 2019

CUADERNOS 27

El problema del control político de las televisiones públicas. Propuestas de reforma
Abril de 2020

CUADERNOS 28

Fiscalidad internacional: competencia entre países y paraísos fiscales. ¿Un problema irresoluble?
Noviembre de 2020

CUADERNOS 29

Ante la nueva reforma de las pensiones
Marzo de 2021

CUADERNOS 30

Las delegaciones catalanas en el exterior
Mayo de 2021

CUADERNOS 31

Sobre la política exterior de España
Mayo de 2021

CUADERNOS 32

Memoria histórica/Memoria democrática
Marzo de 2022

CUADERNOS 33

La situación de la función pública en España. La reforma postergada
Octubre de 2022

CUADERNOS 34

Meritocracia y cuestión territorial (En el centenario de España invertebrada)
Octubre de 2022

CUADERNOS 35

Energía en transición
Noviembre de 2022

CUADERNOS 36

Guerra de Ucrania y geopolítica global
Diciembre de 2022

CUADERNOS 37

Sobre la propuesta de “financiación singular” para Cataluña
Noviembre 2024

Colección POSICIONES

1. POR UN PACTO DE ESTADO
Octubre de 2012

2. ECONOMÍA ESPAÑOLA: TAREAS PENDIENTES
Noviembre de 2012

3. CORRUPCIÓN POLÍTICA
Febrero de 2013

4. ECONOMÍA ESPAÑOLA: CORREGIR EL AJUSTE PARA INICIAR EL CRECIMIENTO
Mayo de 2013

**5. OCHO MIL MILLONES DE EUROS DE AHORRO;
LA COMPLEJA REFORMA DE LA ADMINISTRACIÓN LOCAL**
Mayo de 2013

6. SUPERAR LA DESAFECCIÓN, RECUPERAR EL APOYO CIUDADANO
Julio de 2013

7. POR UN COMPROMISO NACIONAL DE REGENERACIÓN DEMOCRÁTICA
Octubre de 2013

8. CATALUÑA: A FAVOR DE LA CONCORDIA
Enero de 2014

9. ECONOMÍA ESPAÑOLA: LAS EXIGENCIAS DE UN CRECIMIENTO VIGOROSO
Febrero de 2014

10. ANTE LAS ELECCIONES EUROPEAS
Abril de 2014

11. ESPAÑA, LA APUESTA POR LA RENOVACIÓN. ABRIENDO LA PUERTA A LA REFORMA CONSTITUCIONAL
Octubre de 2014

12. ECONOMÍA ESPAÑOLA. EL REALISMO OBLIGADO. LA HORA DE LA POLÍTICA
Enero de 2015

13. POR UNA CULTURA DE PACTO Y COOPERACIÓN POLÍTICA
Mayo de 2015

14. ESPAÑA ANTE EL 27-S
Septiembre de 2015

15. NUEVA LEGISLATURA, NUEVO CICLO POLÍTICO: POR LA REFORMA Y EL PACTO
Noviembre de 2015

16. EL VALOR ECONÓMICO DE LA UNIDAD: CATALUÑA EN ESPAÑA
Diciembre de 2015

17. A FAVOR DE LA POLÍTICA: UN BUEN GOBIERNO YA!
Febrero de 2016

18. EUROPA ANTE LA CRISIS DE ASILO Y REFUGIO: UN LLAMAMIENTO A LA RESPONSABILIDAD SOLIDARIA
Marzo de 2016

19. HACIA LOS ESTADOS UNIDOS DE EUROPA
Mayo de 2016

20. ANTE EL 26J
Junio de 2016

21. ELECCIONES PRESIDENCIALES USA, 2016: ENTRE EL VÉRTIGO Y LA RESIGNACIÓN
Septiembre de 2016

22. RECUPERAR LA CONFIANZA: POLÍTICA DE RESPONSABILIDAD SOCIAL DE LAS ENTIDADES BANCARIAS
Febrero de 2017

23. PACTO POR LA EDUCACIÓN PARA ESPAÑA
Marzo de 2017

24. ESPAÑA Y LAS OTRAS MONARQUÍAS PARLAMENTARIAS DEL SIGLO XXI
Noviembre de 2017

25. PREPARARSE PARA EL PRESENTE: DIGITALIZACIÓN Y EMPLEO
Febrero de 2018

26. ¿FINAL DE CICLO EN LA ECONOMÍA ESPAÑOLA? EL PAPEL DE LA POLÍTICA ECONÓMICA, HOY
Noviembre de 2018

27. POR UN GOBIERNO COHERENTE Y ESTABLE: NEGOCIAR Y PACTAR, PACTAR Y NEGOCIAR
Junio de 2019



-
28. **ESPAÑA: RETOS ECONÓMICOS DE LA NUEVA LEGISLATURA**
Julio de 2019
29. **LA INVESTIGACIÓN EN ESPAÑA: EMERGENCIA INAPLAZABLE**
Octubre de 2019
30. **SALIR DEL BLOQUEO DESPUÉS DEL 10 N.
LA GRAN RESPONSABILIDAD DE LOS POLÍTICOS**
Diciembre de 2019
31. **COVID-19, ESPAÑA-20**
Abril 2020
32. **COVID-19: EL RETO CIENTÍFICO**
Mayo 2020
33. **PODERES DE NECESIDAD Y CONSTITUCIÓN. UNA EVALUACIÓN DEL USO DEL PODER DURANTE EL ESTADO DE ALARMA**
Mayo 2020
34. **COVID-19: LA POLÍTICA ECONÓMICA. CONFIANZA PARA SOSTENER, RECUPERAR Y TRANSFORMAR**
Junio 2020
35. **COVID-19: LECCIONES DE LA HISTORIA**
Junio 2020
36. **COVID-19: CIUDAD Y URBANISMO**
Julio 2020
37. **SI NO ES AHORA, ¿CUÁNDO? COVID-19: UNA RESPONSABILIDAD POLÍTICA INELUDIBLE**
Julio 2020
38. **MÁS NIÑOS Y MÁS FAMILIAS**
Septiembre 2020
39. **ALERTA CÍVICA: RECTIFICAR EL RUMBO DE LA DEMOCRACIA ESPAÑOLA**
Octubre 2020
40. **ESPAÑA EN ESTADO DE ALARMA: PROBLEMAS Y PROPUESTAS**
Febrero 2021
41. **ENTRE LAS VACUNAS Y LOS FONDOS EUROPEOS. EL TIEMPO APREMIA**
Abril 2021
42. **LOS JÓVENES Y LA BRECHA GENERACIONAL: EL PROBLEMA ES EL EMPLEO**
Octubre 2021
43. **ELECCIONES DE “MEDIO MANDATO” EN ESTADOS UNIDOS**
Diciembre 2022
44. **EL DESBORDAMIENTO DE NUESTRA DEMOCRACIA CONSTITUCIONAL**
Marzo 2023
45. **ECONOMÍA ESPAÑOLA: RETOS CRUCIALES**
Abril 2023
46. **EL ERROR ESCRIVÁ**
Junio 2023
47. **DECÁLOGO DE REAFIRMACIÓN**
Octubre 2023
48. **ANTE UNA LEY DE AMNISTÍA**
Octubre 2023
49. **1923-2023 DOS CRISIS: ANALOGÍAS Y DIFERENCIAS**
Noviembre 2023
50. **ANTE EL INICIO DE LA LEGISLATURA: DERRIBAR EL MURO**
17 de enero, 2024
51. **ECONOMÍA ESPAÑOLA: EL COSTE DE LOS PACTOS DE INVESTIDURA**
31 de enero, 2024
52. **SEIS NOMBRAMIENTOS CLAVES (OTRA PRUEBA DE CALIDAD DEMOCRÁTICA)**
Marzo de 2024
53. **2024: UN AÑO ELECTORAL CLAVE PARA LA UNIÓN EUROPEA**
Mayo de 2024
54. **ELOGIO DEL PODER JUDICIAL**
Noviembre de 2024
55. **INMIGRACIÓN EN ESPAÑA: POR UNA CONVERSACIÓN PÚBLICA RACIONAL**
Marzo de 2025
56. **EUROPA ANTE LA CRISIS DEL VÍNCULO ATLÁNTICO**
Mayo de 2025
-

SOCIOS

Miguel Aguiló
Ingeniero de Caminos

Yolanda Barcina
Catedrática de Nutrición y Bromatología

Fernando Becker
Catedrático de Economía Aplicada

Victoria Camps
Catedrática de Filosofía Moral y Política

Jordi Canal
Historiador

Francesc de Carreras
Catedrático de Derecho Constitucional

Elisa Chuliá
Profesora de Sociología

Adela Cortina
Catedrática de Ética y Filosofía Política

Álvaro Delgado-Gal
Escritor

Luis Fernández-Galiano
Arquitecto

María José de la Fuente
Letrada del Tribunal de Cuentas.

Juan Francisco Fuentes
Catedrático de Historia Contemporánea

Francisco José Gan Pampols
Teniente General (R)

José Luis García Delgado
Catedrático de Economía Aplicada

José Gasset Loring
Economista

Josefina Gómez Mendoza
Catedrática de Geografía

Carmen González Enríquez
Catedrática de Ciencia Política

Fernando González Urbaneja
Periodista

José Luis González-Besada Valdés
Director de Comunicación y Relaciones
Institucionales de El Corte Inglés, S.A.

Olga Grau Laborda
Directora de Comunicación con grupos de interés
Banco Santander

Rodolfo Gutiérrez
Catedrático de Sociología

Julio Iglesias de Usell
Catedrático de Sociología
Fundación Juan-Miguel Villar Mir

Juan Carlos Jiménez
Profesor de Economía Aplicada

Emilio Lamo de Espinosa
Catedrático de Sociología

Cayetano López
Catedrático de Física Teórica

Juan-José López Burniol
Abogado

Sergi Loughney
Director de Relaciones Institucionales
Grupo Fundación "La Caixa"

Francisco Mangado
Arquitecto

Araceli Mangas Martín
Catedrática de Derecho Internacional Público
y Relaciones Internacionales

Pedro Antonio Merino
Director de Estudios y Análisis del Entorno
Repsol

Jaime Montalvo Correa
Vicepresidente Mutua Madrileña

Juan Mulet Meliá
Ingeniero de Telecomunicación

Santiago Muñoz Machado
Catedrático de Derecho Administrativo

Elisa de la Nuez
Abogada del Estado. Secretaria General de la
Fundación Hay Derecho

Luis Oro
Catedrático de Química Inorgánica

Benigno Pendás
Catedrático de Ciencia Política

José Manuel Rodríguez
Responsable de Relaciones Institucionales
Gabinete de Presidencia, Iberdrola

Javier Rupérez
Embajador de España

José Manuel Sánchez Ron
Catedrático de Historia de la Ciencia

José María Serrano Sanz
Catedrático de Economía Aplicada

Alberto J. Schuhmacher
Investigador en Oncología Molecular

José Juan Toharia
Catedrático de Sociología

Fernando Vallespín
Catedrático de Ciencia Política

José Antonio Zarzalejos
Periodista

RAZÓN DE SER

Consolidada la democracia en el marco de un intenso proceso de modernización durante las últimas décadas, España ha de afrontar, en la Europa del siglo XXI, nuevos retos, con dificultades para encontrar un nuevo proyecto nacional aglutinador —como lo fue el de la transición—, por encima de los intereses partidistas de las prácticas que arraigan en otros particularismos.

No es sorprendente que, en este contexto, y pocos años después de haber dado por definitivamente resueltos los problemas que atenazaron a regeneracionistas o noventayochistas, broten aquí y allá proyectos de “regeneración” y que incluso se hable de la necesidad de una “segunda transición”: para unos el modo de superar la primera, para otros el modo de hacerla finalmente efectiva. Ese ímpetu regenerador pone de manifiesto, en todo caso, que España no ha perdido el pulso y que la sociedad civil se inquieta ante el presente, buscando alternativas que nos devuelvan a una senda que se corresponda con un más activo papel internacional y sirvan para generar un nuevo proyecto nacional.

El Círculo Cívico de Opinión responde a ese clima ciudadano. Constituido en 2011 como foro de la sociedad civil, abierto, plural e independiente, alejado de los partidos pero no neutro (y menos neutral), su objetivo es ofrecer un vehículo para que grupos de expertos puedan identificar, analizar y discutir los principales problemas y dilemas de la sociedad española, pero con la finalidad de que esos debates, conclusiones y sugerencias puedan trasladarse a la opinión pública.

Para conseguirlo, el Círculo generará propuestas y sugerencias concretas, que serán sometidas al escrutinio de la opinión pública a través de los medios de comunicación, para que su voz pueda ser escuchada y se proyecte hacia afuera. El Círculo parte del convencimiento de que no es bueno que los partidos monopolicen el espacio de la política; esta debe estar abierta también a otros actores. Foros como el Círculo pueden contribuir a ello.

El Círculo Cívico toma la forma jurídica más simple, la de una asociación, y pretende trabajar con el mínimo posible de financiación y el mínimo posible de burocracia. Fundado por un grupo de ciudadanos preocupados por la marcha de la cosa pública, invita a todos los que puedan estar interesados a sumarse a su esfuerzo, contribuyendo tanto con apoyo económico como —lo que es más importante— con su talento y conocimiento.

CÍRCULO CÍVICO DE OPINIÓN
www.circulocivicodeopinion.es
